



del hombre real y concreto en todas sus dimensiones: la persona. Amar la Verdad, creer en la filosofía es amar y creer en el hombre.

Para lograrlo hay que salirse de la dialéctica maniquea izquierda-(¿centro?)-derecha: hace falta la crítica, son precisos los noes (1). Pero se trata de una crítica difícil, si es que no quiere ser frívola. No a la derecha, no a la izquierda, no al consumismo, no al comunismo, no al maniquismo..., puede derivar hacia otro maniqueísmo marginal y de salón, ácrata y estéril, de rechazo global. Hay que saltar al ruedo y «mojarse», entrar en la sociedad enferma, en su cultura caduca, tocar la política, participar en la acción social. Hay que hablar de todos y con todos. Pero hay que hacerlo con un programa, con rigor, con la cabeza bien hecha, con una actitud: creemos en el hombre real, el de nuestra sociedad enferma, nos reconocemos entre los enfermos; creemos que el hombre tiene valor y no precio, que los valores no son sólo intereses. Pero esta fe no es algo irracional ni una «opción» ciega. Se cree en algo porque se considera verdadero. Fe en el hombre y la filosofía significa pasión (también teórica) por la Verdad.

Nuestros noes se dirigen al ídolo que el hombre ha hecho de sí mismo y que hoy, tiempo de crisis, no es ya más que un Prometeo cansado. El hombre real se merece algo más: cabe en él no sólo la conquista y la voluntad de dominio, sino también la capacidad de recibir, de ser conquistado —que no sometido—, la gratuidad.

Para realizar esta tarea también es preciso pensar, ensayar de nuevo una reflexión integral, imponerse disciplina mental, método, rigor. Puesto que la Verdad, la filosofía, el hombre están secuestrados, hay que reinventar la filosofía.

Esto me ha traído a la memoria, más allá de nuestro «abuelo», Mounier, a uno que podría, tal vez, servir de «bisabuelo»: Sócrates.

Asistimos al imperio de una nueva sofística. Retornan los «filósofos aúlicos» que halagan al poder y gustan del brillo. Domina la «convención», más fácilmente que nunca manipulada por los m.c.s.

(1) Cfr. Ruiz, Antonio, «Por qué 'Esprit' en 1932, por qué el Instituto Mounier hoy», en *Acontecimiento*, 1, 1985, pág. 21.

De ahí la pérdida de los valores y el imperio de los intereses. De ahí la necesidad del espíritu socrático.

Sócrates buscaba recuperar las virtudes (valores) mediante *definiciones*. La recuperación no fue, de ningún modo, «conservadora», sino que dio un nuevo impulso a la reflexión y propició un nuevo planteamiento racional y humano que ha sido fecundo a lo largo de siglos.

Pero Sócrates hacía esto por las calles, las plazas y los mercados, en *diálogo pedagógico*, para poner en crisis convicciones comunes, falsas y convencionales y para desvelar la Verdad del bien, el bien de la Verdad, que anida en lo hondo del ser humano.

Sócrates, «bisabuelo», me sugiere lo que podría ser para nosotros, reunidos en el Instituto Mounier, una línea de acción:

— *Definición*: 1) *reflexión* en torno a problemas claves de nuestro tiempo para demostrar opiniones comunes y discernir verdaderos valores. Esta es la vertiente intelectual del Instituto, que considero irrenunciable. 2) *Definir-se* respecto de esos problemas. Vertiente práctica y operativa.

— *Diálogo*: no asumir una postura sobre todo contra éstos y los otros. No se trata de crear «otro partido». Ensayar, en cambio, el diálogo con unos y otros. La crítica, los noes, ha de dirigirse a la situación general, al desconocimiento y sus causas, a la sofística, a la sin-razón, a la anti-ética. Pero como el enfermo somos todos, hay que tener cuidado de no curar la enfermedad matando al enfermo. Sigue siendo Verdad, y ésta ha de ser nuestra primera Verdad, que «o nos salvamos todos o aquí no se salva nadie» (2).

(2) García, Félix, «Tomas de posición del Personalismo en la sociedad española», en *Acontecimiento*, 1, 1985, pág. 28.